

# LA INTELIGENCIA RELIGIOSA



COMPRA *ONLINE*  
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

EL SENTIDO DE LA EDUCACIÓN

**Guillermo Gómez-Ferrer Lozano**



**EDUCAR**

Diseño: Estudio SM

© 2019, Guillermo Gómez-Ferrer Lozano

© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3395-0

Depósito legal: M 9947-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

*A mis alumnos*

La verdad no se impone de otra manera  
sino por la fuerza de la verdad misma.

PABLO VI, *Dignitatis humanae*

## INTRODUCCIÓN

Este breve ensayo tiene por objeto clarificar algunas cuestiones clave del diálogo razón-fe en el ámbito de la educación. Como resultado de ese diálogo he planteado algunos principios que configuran la enseñanza: aquello por lo que cobra sentido. Es cierto que me he enfocado principalmente en la formación universitaria, que es la que yo ejerzo como profesor en una universidad católica. Sin embargo, las conclusiones me parecen aplicables a otras etapas formativas e incluso a la familia: en concreto, a la familia cristiana, aquella que busca tener hijos libres, abiertos a la realidad en todas sus dimensiones; hijos críticos con las consecuencias de una razón reducida y un deseo intencionadamente devastado por el consumo. El punto de partida para su escritura ha sido tomar las asignaturas de las que soy profesor y responder a las siguientes preguntas: ¿qué ofrece de diferente una formación católica sobre los contenidos que yo imparto de otra que no lo sea? Y esa diferencia, ¿aporta algún valor o, por el contrario, lo reduce? Es decir, ¿existe un *modo* propiamente católico de abordar cualquier saber? Y, si ese modo es posible, ¿sería extrapolable a otros contenidos de aprendizaje, ya sea una asignatura escolar o la educación de los hijos? En resumen, ¿existe una inteligencia religiosa como existe una inteligencia racional, emocional o estética?

Preguntarse por la enseñanza católica es también alertar sobre la urgente necesidad de que la sociedad tome conciencia de que el pensamiento católico no solo es una propuesta válida entre otras para la enseñanza, sino necesaria,

pues amplía la visión desde la que se aborda cualquier saber; ampliación que, como presentaremos –y es de lo que tratan estas páginas–, permite vivir la condición humana en toda su plenitud. El catolicismo, entonces, además de ofrecer un mejor aprendizaje, contribuye a interpretar con precisión nuestra realidad –que en definitiva es mucho más importante–, ya que introduce factores esenciales que en el pensamiento actual son obviados. Y todo sin necesidad de que para ello se dé el presupuesto de la fe, que es consecuencia, pero no requisito, de la inteligencia que presentamos. Esto significa que la educación católica, como método para el desarrollo de una inteligencia religiosa, es válida para creyentes o no creyentes; aunque, evidentemente, es mucho más urgente para los primeros por cuanto, dándose la experiencia de la fe, si se desea que esta sea completa, se precisa de una metodología que contribuya a hacerla más verdadera y que la purifique de lo que no le corresponde.

Habida cuenta del carácter personal de este pequeño ensayo, y aunque no es lo propio de un trabajo de este tipo, quisiera aclarar en esta introducción la posición desde la que parto, porque ayuda a comprender mejor mi planteamiento. Me parece pertinente hacerlo en un caso como el actual, pues, como propone la hermenéutica crítica, *para comprender algo debemos entender cómo ha llegado a ser ese algo*. Partir de aquel que reflexiona para así desentrañar lo reflexionado es un planteamiento válido, entre otras cosas porque aquello de lo que vamos a hablar nace de la experiencia, y la experiencia solo es posible presentarla desde el yo. No puedo, entonces, abstraer el texto de mi propia historia. Quizá esta sea una de las características que ya confiere a la formación católica una singularidad: que quien enseña importa. Y no solo importa por su saber, sino por quien es. Es decir, que quien se encuentra en el aula frente al alumno es

tanto o más importante que lo enseñado. La educación, cuando sale del margen de la mera formación, de la mera transmisión de conocimientos, tiene como objeto hacer crecer al otro. La educación es el lugar donde se pone en juego todo: lo que se enseña, a quien lo enseña y la forma en que se enseña. No hay compartimentos estancos. Los jóvenes lo miran todo, la totalidad. Y tienen un ojo clínico para descubrir nuestras inconsistencias, nuestras hipocresías, nuestros cálculos –que se dan cuando quien enseña no se pone en juego–. Esconder esta totalidad que nos afecta como padres o como profesores es esconder la única posibilidad de que se produzca un encuentro fructífero y verdadero entre el profesor y el alumno o entre los padres y los hijos. El campo de juego de la educación es la libertad. Sin libertad no hay educación, sino adoctrinamiento. Por eso la historia personal no es un paréntesis que se queda fuera del aula o de la casa. Al traspasar la puerta de clase se entra con el yo, con la totalidad del yo: con las vivencias pasadas, las creencias presentes y las esperanzas futuras. No hay relación si no es entre personas libres; no hay encuentro si no es entre yoes sin máscaras –y la máscara «profesor» es como cualquier otra máscara, una coraza que impide poner en juego la verdad de la relación– y no hay experiencia si no es en la vida. La educación no es una cosa que sucede en el aula al margen de la vida. Es el acto mismo por el que la vida adquiere un nuevo sentido: aquel que permite interpretarla desde la totalidad de los factores que la constituyen.

Partimos entonces de mi historia, que es la historia de una persona que se ha movido por los caminos de la creencia, la duda y la increencia. Pero es también la historia de un reencuentro. Un camino de ida y vuelta que comenzó con una religiosidad familiar viva, a la que siguió el tanteo de la

vocación religiosa y, posteriormente, un desencanto que condujo al agnosticismo y, por un breve tiempo, al ateísmo; este habría sido mi estado natural si no se hubiera producido el acontecimiento que permitió la conversión: un hecho inesperado que desencadenó las preguntas por el sentido de la vida y de la condición humana. Las respuestas halladas, lejos de implicar una fulgurante conversión al modo paulino, han ido por sendas no exentas de nuevas preguntas en las que la compañía (que empieza en el propio hogar, es decir, por mi mujer, que es el principio de la Iglesia en mi vida) ha resultado decisiva frente a las propias limitaciones personales. Sin embargo, es importante reconocer con sinceridad la modalidad de la fe que se hace presente en mí y que no es otra que la de la duda siempre insistente: una religiosidad que se toma en serio a sí misma y, en consecuencia, se manifiesta con altibajos, inquieta, en ocasiones agotadora por su falta de certezas; permanentemente en búsqueda, incansable, pero que se mantiene fiel, porque reconoce la condición *saciativa* de la fe para aquel que tiene sed, como es mi caso; es decir, que admite que solo en ella la vida adquiere sentido, pero que se resiste cada cierto tiempo a señalar la fuente de su origen, ya sea por debilidad o por miedo al abandono frente a las propias fuerzas que eso significa. Una forma de fe que tan maravillosamente resumió san Agustín en sus *Confesiones*: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

En consecuencia, mi necesidad de comprender la vida y su vocación de sentido desde la fe no podía hacerse de forma superficial o abordando únicamente uno de sus aspectos: requería una perspectiva amplia, lo que implicaba –e implica– estar atento a todo cuanto sucede. Esa voluntad de *comprenderlo todo*, quimérica como intención, pero saludable como método, tuvo como contrapartida un perfil dema-

siado abierto, demasiado amplio, demasiado interdisciplinar para encajar en los rígidos márgenes del mundo académico universitario español. Esta amplitud de intereses ha sido fuente de conflictos personales –casi diría que de arrepentimiento– por sus consecuencias prácticas negativas en un mundo académico hiperfragmentado, fascinado por la técnica y la especialización; pero también ha enriquecido aquello que enseño y cómo lo enseño. También como padre y como ciudadano con voz propia.

Me gustaría añadir en este momento una pequeña reflexión desde el punto de vista académico que algunos compañeros de profesión habrán vivido en sus propias carnes. Esta perspectiva amplia choca de lleno con el modelo académico universitario occidental, que no entiende lo que no sea especialización y que, en no pocas ocasiones, para justificar su razón de ser, exige un modelo educativo e investigador desconectado de la realidad. Es evidente que se precisa de especialistas que profundicen en aspectos muy concretos, que son la gran mayoría, pero también que se necesitan perspectivas amplias que permitan relacionar cuestiones que actualmente se presentan como si no tuvieran nada en común cuando solo se comprenden desde su interconexión. Esta segunda opción es practicada por una minoría –entre la que me incluyo– poco reconocida y penalizada por las autoridades políticas y académicas nacionales e internacionales. Hoy estamos sufriendo las consecuencias de ello. La más grave es que se oculta bajo una montaña de investigaciones inútiles, de informaciones parciales y de discursos caducos el fracaso del saber técnico como vía para la esperanza del ser humano. De hecho, se niega la posibilidad misma de dicha esperanza, que es ridiculizada y reducida a *consuelo del ignorante*. Como si la esperanza fuera el último recurso al que agarrarse frente a las

injusticias del mundo. Desde el punto de vista cristiano, la esperanza es todo lo contrario: como ya he vivido una fugaz experiencia de la felicidad puedo creer que es posible la felicidad plena y actuar para que así sea. La esperanza es posible –y se da, ejemplarmente, por cierto, y pienso en este momento en nuestros hermanos perseguidos en Oriente Medio–, pero imposible hallarla desde una razón reducida que, curiosamente, es la que estamos practicando en el mundo occidental; un mundo que, abrumado por el éxito productivo, no quiere reconocer sus insuficiencias para encontrar las razones de una vida plena. El resultado está por doquier: una sociedad agotada, desorientada, dopada y ansiosa frente a su falta de claridad.

Consecuencia de ello es que la sociedad posmoderna prefiere arrinconar las preguntas para no evidenciar su insuficiencia para responderlas. Como resultado no solo se ha reducido nuestra capacidad de darnos razones para la existencia, sino que se han ahogado las preguntas mismas. Su sola presencia incomoda, nos recuerda nuestra impotencia para contestarlas. Y lo que molesta mejor abandonarlo que hacerle frente. En contraposición a ello es misión principal de la enseñanza cristiana devolver al centro de la vida de nuestros estudiantes –e hijos– las preguntas esenciales. Y constatar así si el cristianismo es capaz de responderlas o no. El ejercicio educativo entonces es doble. Despertar el ansia por la realidad y convertirse en la vía para saciarla. Sin eso, los padres y educadores solo seremos meros engranajes de una sociedad que vive desconcertada frente a sí misma; que camina con anteojeas hacia las metas que esta le fija, fundamentalmente de consumo, pero que se siente incapaz de plantear una alternativa válida y *felicitante* para un ser humano cuyo corazón aspira a mucho más de lo que el mundo le ofrece.

En oposición a la «excesiva sectorización del saber», tal y como denunciaba Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*, que conlleva, según afirmaba el papa Francisco en su reciente carta apostólica *Misericordia et misera*, «la multiplicación de las formas de tristeza y soledad en la que caen las personas, entre ellas las de muchos jóvenes», se hace patente que el camino es otro. Se trata de un camino mucho más complejo y mucho más fatigoso. Porque implica ejercitar nuevas formas de comprender, como aquí proponemos.

Ser profesor en una universidad católica, como es mi caso, tiene necesariamente que implicar una forma y un contenido diferentes de dar las materias, como ser profesor de un colegio religioso, como ser un padre creyente que camina junto a sus hijos hacia la libertad. Se entiende entonces que *ampliar la razón*, recurso necesario a todas luces, tal y como nos pedía el papa Benedicto XVI para poder abarcar todas las dimensiones de lo enseñado, no es un mero ampliar intelectual. Se trata también de integrar dentro de esa ampliación una cuestión clave: que si la fe tiene que ver con la vida, tiene que ver con la totalidad de la vida; también con la historia, la comunicación o el *marketing*, que son asignaturas que imparto, como lo tiene que ver con la anatomía, las matemáticas o las finanzas; es decir, con cualquier materia, con la vida misma. Lo católico deja de ser, en consecuencia, un añadido, como si fuera una deontología superpuesta al contenido de una materia, para transformar el contenido mismo, como hacen, dicho sea de paso, las buenas éticas. Pero en este caso no solo se trata de hacerlo desde la perspectiva de la moral, sino también como inteligencia religiosa que permite comprender al ser religioso que es todo hombre y el acontecimiento de Cristo en la historia; también hoy. Es precisamente el factor religioso lo que ayuda a descubrir en toda su dimensión aquello que es

estudiado, de manera que no solo se aprende el ejercicio de una técnica, sino el fin de esta, su pertinencia o no para el hombre y el modelo de sociedad que de su uso se deriva.

Por inteligencia religiosa, que da título a este ensayo, entendemos el modo de proceder de la razón en relación con la fe. Es un modo propio, con sus propios mecanismos, como la sensibilidad estética es la manera de acceso a la apreciación de lo bello. La inteligencia religiosa permite la apreciación de lo religioso y la religación, en concepto de Zubiri, con la trascendencia. El olvido de sus mecanismos, su ininteligibilidad actual, es la fuente de la extrañeza que tiene el hombre posmoderno frente a Dios. Es una inteligencia tan dormida que el hombre ya no reconoce los gestos que se dan ante sus ojos: no entiende el lenguaje desde el que le habla la realidad. Las formas que le son propias pasan inadvertidas, porque una gran mayoría de personas es incapaz de interpretarlas. Es como un cuadro del que no se puede apreciar más que las manchas de color, pero no su significado ni su intención; un cuadro así es imposible que facilite la experiencia de su belleza; solo una valoración superficial: se vuelve ajeno a nuestro interés, no impacta. Así nos está sucediendo con lo religioso. Por eso es urgente su recuperación. No porque se quiera convertir a nadie, sino porque se está hurtando a muchas personas la capacidad de realizar un juicio verdadero sobre su existencia, sea creyente o no. Carecen del método adecuado, lo que significa que la formación de su conciencia está viciada. La inteligencia religiosa no es propiedad de los creyentes, porque es el modo en que se razona la fe. Es decir, que es anterior a la fe, pero es vía para la fe y puede incluir como resultado final la misma fe, que necesita además de la experiencia del encuentro verdadero que transforma el corazón para hacerse real. Sin desarrollar esta inteligencia se puede llegar

a conclusiones equivocadas en cualquier sentido: creer por adoctrinamiento o tradición o no creer por ignorancia religiosa. Este es el gran drama de la modernidad: que ambos modos son preferentes y ambos modos son falsos. Por eso se necesita aprender su modalidad. Dicha modalidad, para los que nos encuadramos en la tradición católica, es una educación que no impone creencia alguna: lo que busca es enseñar a verificar si la propuesta cristiana es cierta o no en contraposición con lo que nos sucede. Este es quizá el mayor reto educativo para el catolicismo. Porque se le antoja un proceso extraño incluso para el propio catolicismo, que ha preferido encerrarse en el buenismo ético, la sentimentalidad afectiva o el dogmatismo ideológico. Si a ello añadimos un clericalismo de bajo nivel, con sacerdotes que se ponen en el centro de la comunidad en vez de servirla, un pueblo laico de baja intensidad o autorreferencial y un pensamiento católico al que se le ha atascado la correa de transmisión educativa con el advenimiento de una cultura totalmente ajena a sus formas de comprender, entendemos el desconcierto de lo que es educar para los padres católicos, para los colegios católicos, para las universidades católicas.

Una aclaración conceptual. Cuando en este texto se habla de inteligencia religiosa, no se entiende al modo de las inteligencias múltiples de Howard Gardner ni se identifica, evidentemente, con su modo de concebir la inteligencia espiritual. Nuestra concepción de la inteligencia se refiere a un modo de razonar. Nos referimos, pues, a un método. No nos referimos a que haya gente con mayor o menor inteligencia religiosa, sino que procede de modo adecuado ante la pregunta de lo religioso en su vida. Lo mismo sucede, a nuestro entender, con otras formas de reflexión como la estética, la conceptual o la emocional. No es, pues, una cuestión psicológica, ni de activación neuronal, ni de habilidad

mental. Por tanto, no hay cociente alguno que mida la inteligencia religiosa en el sentido que planteamos. De lo que hablamos es, en definitiva, de una razón ampliada que va más allá de la reflexión conceptual y que utiliza otros mecanismos adecuados para que la aproximación a la realidad sea más verdadera. La inteligencia es una cualidad que todo el mundo posee en mayor o menor medida: es la capacidad de comprender y resolver los problemas que se nos plantean. La inteligencia religiosa sería, pues, la capacidad de comprender lo religioso; y desde esa comprensión ser capaces de resolver el asunto central de la vida: su vocación de sentido y si la fe tiene que ver con ello o no.

El librito que tiene entre sus manos se conforma por dos bloques distintos. El primero presenta los aspectos teóricos, los principios en los que se fundamenta la inteligencia religiosa. El segundo bloque analiza la docencia universitaria católica desde mi propia experiencia como profesor; una docencia que es ejemplo de las otras dos realidades educativas por excelencia: la escolar y la familiar. Como conclusión se plantea, en un tercer momento, la necesidad de instaurar el método que es propio de la religión, de igual modo que es necesario educar emocional y estéticamente. No hay un recetario final: no espere encontrar un listado de cosas que hacer. Lo que se busca es estimular una manera propia de pensar, una manera religiosa de interpretar la realidad, y cómo educar en esa manera de interpretar para que esta sea válida en la vida. Lo bueno es que se puede aplicar en cualquier materia, en cualquier circunstancia educativa, familiar y vital. Lo que transforma la inteligencia religiosa no es la manera de educar, sino el sentido mismo de la educación.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
--------------------	---

## LA INTELIGENCIA RELIGIOSA. EL SENTIDO DE LA EDUCACIÓN

1. ASPECTOS TEÓRICOS .....	19
1. Sociedades «amayéuticas». Jóvenes desorientados con las mismas necesidades que los adultos: todos partiendo de una razón reducida .....	19
2. Ateos, agnósticos y creyentes. La desconexión con la verdad. La necesidad del encuentro .....	27
3. El problema vital: la falta de sentido, la ausencia de asombro .....	35
4. El problema epistemológico: la fragmentación del saber y del vivir .....	40
5. El problema antropológico: la identidad quebrada .....	44
6. El problema moral: responsabilidad, libertad y deseo .....	52
7. La fe arrinconada. Últimos apuntes ante la realidad religiosa contemporánea .....	60
a) Desgajar la fe de la razón .....	61
b) Equiparar ética y religión .....	62
c) Encerrada en lo privado .....	64
d) Acosada en su debilidad .....	65
e) Vivencialmente confusa .....	66
f) Rota su unidad con la belleza y el bien .....	67

2. ASPECTOS PRÁCTICOS .....	69
1. Las motivaciones y desmotivaciones para estudiar en universidades católicas .....	69
2. Expectativas prácticas no teóricas entre el alumnado .....	73
3. De asignaturas por cuatrimestres a itinerarios de comprensión (de la fe) .....	75
4. La realidad docente: el profesorado y la univer- sidad .....	77
5. Exigencias académicas y exigencias personales .	80
6. Los riesgos moralistas, los riesgos de cuantifica- ción, la escolarización de la universidad .....	82
3. LA INTELIGENCIA RELIGIOSA .....	87
1. Educar es acompañarse en la felicidad .....	87
2. La inteligencia religiosa contribuye a significar la vida .....	88
3. La inteligencia religiosa en la universidad .....	94
BIBLIOGRAFÍA .....	99